

Luego en arista hirsuta, sin aroma,
Se tornará mi tallo con presteza;
Y harás entonces funeraria pompa
Flébil besando mi corola seca.

Y gemebundo, el viento de la tarde
Agitando tu lengua cabellera,
Dulce lamento extenderá en el valle
Lúgubre resonando en las cavernas.

Y al sentarse á tu sombra algún viajero,
Viendo, en la paja deleznable y fofa
De la caduca flor, un monumento
Que eternice tu nombre en tierna historia;

Estas letras en lágrimas bañadas
Acaso grave en tu corteza dura:
*De gratitud y amor aquí descansa
Un raro ejemplo; respetad su tumba!!!...*

La viola así dijo: y dulcemente
Su grato aroma embalsamó el ambiente.

La cándida azucena,
Que atónita miró tan grata escena,
"¡Será mi padre!" dijo conmovida,
Su cáliz inclinando recojida.

Un beso con ternura
Imprime el sauz sobre su frente pura.
Y la tiniebla fría
Vino luego á ofuscar la luz del día.

J. A. C.

Canto á Leon XXX.

en el XXV aniversario de su Pontificado.

Come 'l signor, ch' ascolta quel che piace,
Da indi abbraccia 'l servo, gratulando
Per la novella, tosto ch' ei si tace;
Cosi benedicendomi cantando
Tre volte cinse me, si com' io tacqui,
L' apostolico lume

Paradiso XXIV, al fine.

Como el Señor que al oír una grata nueva, abraza, á su sieri
vo luego que este la ha referido, congratulándose de ella as-
bendiciéndome y cantando, luego que quedé callado, dió tres
vueltas al rededor de mi la apostólica antorcha

Dante, Paraiso; Canto XXIV, al fin.

I. ¡Quien me diera volar en este instante
Con alas de blánquísima paloma
A la Santa Ciudad, la excelsa Roma,
Y allá, con fé constante,
Contemplar anhelante
Aquellas ruinas, dó el pasado asoma
Y adormecerme de su sacro aroma
Con el olor suavísimo y fragante!
¡Allá, dó el Justo y Venerable Anciano
Y preclaros Pastores

Junto al esposo fiel la esposa amada,
 Y en patético grupo reunidos
 La madre por sus hijos abrazada;
 Todos serenos, sin que el pecho fuerte
 Tiemble cuando el peligro se avecina,
 Ni se doble á los golpes de la suerte,
 Caminando tranquilos á la muerte
 Como legión que al triunfo se encamina.
 ¿Cómo podrás vencer á tu enemigo,
 Agonizante Roma,
 Si él desprecia tu premio y tu castigo
 Y ni al halago ni al furor se doma?
 ¡Ah! no batalles más, estás vencida;
 ¿Quién entabla pelea
 Con una religión que, aun perseguida,
 Tales soldados donde arraiga crea?
 Triunfa de tí la sangre del Calvario
 Que de la cruz en lágrimas gotea.
 ¿Cómo vencer jamás á un adversario
 Que, á revolverse, sucumbir prefiere;
 Que postrado de hinojos,
 Besa la misma mano que le hiere,
 Y alzando al cielo los dolientes ojos
 Canta un himno de fé, perdona y muere?
 VI. Tu reinado acabó, no hay esperanza;
 Ese turbión de fieras
 Que á tus campiñas fértiles avanza,
 Del Septentrión dejando las riberas,
 No es un nublado que, á merced del viento,
 Vá de truenos preñado,
 Y que al azar estallará violento,
 Es el tremendo rayo destinado
 A cortar tu existencia;
 Y contra tí dirige ese nublado
 De Dios la inexcrutable providencia.
 Humíllate ante el rayo que te mata!

Tu cetro conquistaste por violencia;
 La violencia á su vez te lo arrebató.
 VII. Muere, Imperio deshecho y vacilante,
 Que al morir tu poder, la nueva Roma
 De tus cenizas surgirá triunfante;
 Mas no ya del león con el rugido,
 Sino como tristísima paloma
 Que abrazada de amor, hace su nido.
 Enfrente al derribado Capitolio
 De la Roma pagana,
 De su blando poder alzaré el solio,
 Angel de amor, la religión cristiana,
 Y el redentor madero
 Sus brazos abrirá para el creyente
 Brindando paz al universo entero.
 Como los tuvo la pagana gente,
 Tendrá la Cruz artistas á millares,
 Y al poderoso impulso de su mente
 Alzaré Miguel Angel los pilares
 Que del templo la cúpula resisten,
 Y llenará de estatuas los altares
 Que sus muros altísimos revisten,
 Del de Urbino la ardiente fantasía
 Copiará la belleza deslumbrante
 Del dulcísimo rostro de María,
 Y, más que con Marón, la poesía
 Ensanchará sus lindes con el Dante.
 Y Roma, siempre grande y respetada,
 Los odios dominando y los recelos,
 Un LEON XIII mostrará asombrada,
 No que sepa blandir sangrienta espada,
 Sino empuñar las llaves de los cielos.
 VIII. ¡Salve, Gran Sacerdote, Rey de reyes,
 Nonagenario augusto, esplendoroso,
 Que al orbe riges con sagradas leyes!
 Hízote el Dios Eterno y Poderoso,
 Como al Profeta Rey, prudente y sabio;

Como al suyo, á tu acento sonoro
 Dióle la unción y el númen de su labio;
 Nuevo Moisés, del Sínai
 Celestial remontándote á la altura,
 Al mundo de Colón le diste un Código
 De esperanza y amor, de fé y ventura:
 Y á Dios le plugo que, ya que en El fias,
 Vieras de Pedro transcurrir los días.

IX. Desde el sublime asiento
 A dó el cielo exaltó tu mansedumbre;
 Dó de saber y de virtud portento
 Te admira la extasiada muchedumbre;
 Tú escucharás el himno cadencioso,
 Sublime agradecido,
 Que eleva á tí la América creyente
 Para ensalzar tu gloria indeficiente
 Con acento dulcísimo y sentido.
 Yo, al canto melodioso
 Que en tu loor se entona
 Y, bondadoso en todo tiempo oíste.
 Uno el acento de mi canto triste. . . .
 ¡Una hoja seca á tu inmortal corona. . . .!
 Decepcionada el alma
 Por crueles desengaños,
 Mi corazón rebosa de amargura.
 Han destruido mi plácida ventura
 El dolor y la nieve de los años.
 De la tranquila calma
 Que disfrutara allá en mi adolescencia,
 Solo me restan hondos sinsabores,
 Al contemplar perdidas esas flores
 Del claustro en donde respiré su esencia,
 ¿Qué podrá, pues, mi lira
 Abandonada y rota
 Cantar en tu alabanza, Padre Santo,
 Si, humedecida con amargo llanto,
 Solo le queda del dolor la nota?

¿Si lánguida suspira
 Al gemir de los vientos,
 Resonando sus cuerdas una á una
 Al resbalar el rayo de la luna
 Por entre los cipreses macilentos?
 Pero mi amor ferviente
 A tu persona, Padre Soberano,
 Y el respeto obsecuente
 Al Ilustre Pastor zacatecano
 Me dan ánimo tanto
 Que, desechando los temores vanos,
 La lira tomo en mis indignas manos
 Y dirijo hacia Tí mi humilde canto.
 Y, haciendo renacer fresca y lozana
 La flor de mi alegría,
 Marchita allá en su plácida mañana,
 Mueves el corazón y el alma mia
 Y exaltas mi ardorosa fantasía.
 León XIII a quien respeto;
 León XIII soberano,
 Honra y prez de la fiel Catlamineto,
 Elevado, de Obispo de Espoleto,
 Al rango de Pontífice Romano:
 Acepta el pobre canto
 Que, al XXV aniversario
 De tu elección, en su letal quebranto,
 Un exclaustro entona reverente,
 Puesta en el polvo su abatida frente,
 Y; ay! bendice su empeño temerario! . . .

ADVERTENCIA IMPORTANTE.
 Zacatecas, Febrero 20 de 1903.

Los editores.

Del Cónclave Latino—Americano,
 Con la voz de sus sabios y Doctores,
 Hicieron resonar el Vaticano
 Y avivar de la fé los resplandores!

Mas ya que no me es dado
 Cual alígero el viento
 Los montes trasponer y el mar salado
 Vuele mi pensamiento,
 En alas del deseo transportado,
 Y deténgase allá por un momento.
 Mis ojos, desde acá, todo lo miren;
 Mi fé y mi corazón todo lo admiren.

II ¡Salve, Ciudad Eterna, inclita Roma,
 Que aun te alzas magestosa en tus colinas:
 Resistiendo del tiempo á la carcoma!
 ¿Quién no vuelve los ojos con tristeza,
 Al recorrer tus venerandas ruinas,
 A tus pasados siglos de grandeza?
 No será quien conserve en su memoria
 El recuerdo inmortal de tu destino
 ¡Oh señora del mundo y de la historia!
 Ni quien, cual yo, cuando ante tí me inclino,
 Tenga por su mejor ejecutoria
 Poder decir al mundo "¡Soy latino!
 Vengo de aquella raza no igualada
 Que aprendió de Escipión á ser guerrera,
 De Colatino varonil y honrada;
 Que del viejo Catón oyó el secreto
 De la virtud austera,
 Y la moral de labios de Epicteto;
 Que imponiendo su yugo á las naciones,
 Llevó con Cesar la victoria uncida
 Al carro triunfador de sus legiones;
 Dió con Augusto al universo leyes;
 Vió en Tácito á la historia convertida

En azote de pueblos y de reyes;
 Y grande en artes y en saber y en vida,
 Rompió con sin igual magnificencia
 En robusta oración ó en tierno idilio,
 Con Marco Tulio en olas de elocuencia
 Y en inmortales versos con Virgilio."

III. ¡Cuanta desolación en tí se nota!
 El capitel por tierra derribado,
 La columnata rota,
 El pórtico de marmol destrozado,
 El arco de soberbia arquitectura
 Y el vacilante muro agrieteado
 Que sostiene la artística escultura,
 Todo tu fausto espléndido delata,
 Y tu antigua hermosura
 En los mismos escombros se retrata;
 Escombros seculares
 Donde del tiempo el insaciable estrago
 Cubre estatuas y pórticos y altares
 Con flores de amarillo jaramago.
 Pero yo reconstruyo tu grandeza,
 Levanto tus columnas y pilares,
 De tus circos la altiva fortaleza,
 Y miro alzarse en mi exaltada mente
 Aquí las termas de anchuroso espacio,
 Allá la esbelta fuente
 Y el señorial palacio;
 De acueductos doquier rico tesoro,
 Del César el alcázar refulgente,
 El rico templo y el extenso Foro
 Que llena muchedumbre clamorosa,
 Y cual te pintan en tu siglo de oro
 Te elevas á mi vista esplendorosa.....

IV. Del Tiber mismo en la risueña orilla,
 Y de Roma en el seno,

Prende del cristianismo la semilla:
 Ya, dejando sus lares,
 No acude el pueblo, de presentes lleno,
 Los templos á adorar y los altares;
 De Jove el rayo sin cesar no amaga;
 Descuida la vestal sin pesadumbre
 El fuego sacrosanto que se apaga;
 El imperio del mar pierde Neptuno;
 Olvídanse los ritos venerados
 De Minerva, de Ceres y de Juno,
 Y ante el amor de un Dios de mansedumbre
 Huye de sus altares olvidados
 De los dioses la falsa muchedumbre.

Del vasto circo en la candente arena
 Ignara turba impía

Con sus gritos no atruena,
 Al llenar la anchurosa gradería;
 El pueblo, que la lucha ve con pena,
 Busca en la estrecha catacumba abrigo,
 Orando desde allí con fé cristiana
 Para que Dios aparte su castigo
 De quien su enojo á provocar se atreve,
 Al derramar así la sangre humana
 Por divertir los ocios de la plebe.

La matrona de espléndida hermosura,
 Rival en desenfreno y en grandeza
 De la famosa meretriz impura,
 Al lucir en la plaza y en el Foro
 Su incitante belleza,
 Medio desnuda en su litera de oro,
 Cambia sus galas por modesta toca
 Y huye al claustro ignorado,
 Buscando en él, atribulada y loca,
 Olvido y redención á su pasado.

La envidiada doncella,
 Despreciando los goces de la vida

Que en su florido Abril se tiende ante ella,
 Quiere seguir la generosa huella
 De la vírgen cristiana bendecida,
 Y acude allí donde el dolor le ofrece
 Lágrimas que enjugar consoladora;
 Donde el hambre se extiende destructora,
 Ó el enfermo padece
 Ó el infortunio llora;
 Donde se espera con alegre anhelo
 Su limosna bendita
 Y su frase de amor y de consuelo;
 Donde la fé desmaya, y necesita
 Quien levante sus ojos hacia el cielo.

V. En el vivo rencor que la espolea,
 Roma iracunda con furor se lanza
 Contra la nueva secta á la pelea.
 Sangre quiere su anhelo de venganza,
 Y con la suya bríndale el cristiano;
 ¡Fecundo riego de la santa idea
 Que hará crecer el árbol más lozano!
 ¿A quién el riesgo de morir abate?
 Donde uno cae se levantan ciento
 Ansiosos de martirio y de combate.

Puro como el armiño,
 Al bárbaro tormento
 Ofrece el cuello sin temor el niño;
 La vírgen, que así logra la victoria,
 Da ejemplo de valor á aquella plebe
 Que ya no sabe ni aun morir con gloria,
 Y sin que un grito en su dolor profiera,
 Mira su seno, envidia de la nieve,
 Despedazado por hambrienta fiera.
 Sereno va el anciano, que abandona
 Sin temor su existencia fatigada
 Y busca en otra vida su corona;
 La hermana y el hermano confundidos,